



# SIN FE NI LEY

**MARION  
BRUNET**

CROSS  
BOOKS

MARION BRUNET

SIN FE NI LEY



CROSSBOOKS, 2021  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: Sans foi ni loi  
© Editions Pocket Jeunesse, département d'Univers Poche, París: 2019.  
Texto de Marion Brunet  
© de la traducción: Paula Fernández Espriu, 2020  
© Editorial Planeta S. A., 2021  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Primera edición: febrero de 2021  
ISBN: 978-84-08-23291-9  
Depósito legal: B. 245-2021  
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# La primera vez que vi a Ab Stenson

La primera vez que vi a Ab Stenson, le manaba sangre de la oreja izquierda. La bala podría haberle desgarrado la cara o haberle perforado el cuello, en cambio, el *sheriff* solo había conseguido dejarla medio sorda durante unas horas y amputarle un trozo de cartílago.

—Dame agua.

La primera vez que me encontré con Ab Stenson, la obedecí. Después seguí haciéndolo, con más o menos entusiasmo, pero aquella mañana corrí a llenar una jarra entera en el grifo de la cocina. Las manos no me temblaban, a pesar de que tendría que haber estado cagado de miedo porque me apuntaba con el fusil.

—¡Date prisa!

La primera vez que obedecí a Ab Stenson, no vi que era guapa. De hecho, durante un rato no comprendí que se trataba de una mujer, ya que llevaba ropa masculina, tenía el pelo corto y estaba tan sucia que solo un hombre —al menos eso es lo que yo creía entonces— podía ir con el cuello de la camisa tan negro de mugre y tener tanto polvo rojo acumulado en las arrugas de la cara.

Me arrancó la jarra de las manos, se echó el agua por en-

cima de la cabeza y bebió como una animal, mojando toda la entrada: los hilos líquidos se volvían marrones y le chorreaban a lo largo del cuello antes de caer al suelo en forma de charcos. Pensé que debía limpiarlo a toda costa antes de que volviera mi padre. Era raro que eso fuese lo que se me pasara por la cabeza, pero mi padre era más peligroso que un fusil.

Ab Stenson no tenía caballo. Había aparecido de improviso en la puerta de casa, llena de polvo y de sangre, y yo no la había oído llegar. Sin embargo, percibí claramente el ruido de los cascos de las monturas del *sheriff* y de sus ayudantes desde el mismo momento en que pasaron por la colina que dominaba la granja. Ab también los oyó.

—Te van a interrogar. Quédate en el porche y habla alto para que pueda oírte desde dentro.

Asentí.

Debió de pensar que no quedaba lo bastante claro.

—Como les hables de mí, te meto una bala en la cabeza.

# Una bestia salvaje

Son tres, descienden rápidamente la colina al mismo galope, a pesar de que es malo para los caballos forzarlos tanto en las bajadas, mi padre me lo repite a menudo cuando me presta el suyo para ir al pueblo. El sombrero les tapa la cara, pero los conozco bien. Los animales echan una espuma verde por la boca, y los costados húmedos se les levantan con demasiada fuerza. El del mariscal relincha cuando este le tira del bocal para que se detenga delante del porche.

—Hola, Garrett. ¿Está tu padre?

Niego con la cabeza.

—Vuelve esta noche, ha ido a asistir a un enfermo.

Uno de los ayudantes —Bill, el más joven— trata de tranquilizar su caballo, que caracolea y lo obliga a girar sobre sí mismo.

—Buscamos a una mujer. ¿Has visto a alguien?

—¿Una mujer? —pregunto.

Ni siquiera tengo la necesidad de hacerme el sorprendido, ya que aún creo que es un hombre, y su fusil de hombre, a quien tengo a la espalda.

—Sí, una mujer —contesta el mariscal—. Pero no es como las que conoces.

Rompe a reír de una forma un poco obscena, así que pienso en las putas que trabajan en el salón. Sin embargo, la risa se apaga enseguida, y yo empiezo a atar cabos.

—¿Qué tipo de mujer?

—Una bestia salvaje —gruñe el viejo Jim, a la izquierda del mariscal.

Tengo unas ganas terribles de girarme para comprobarlo, de examinar a la forajida que me apunta, a quien he dado de beber hace un rato. ¿Una mujer? ¿Una mujer, con una camisa asquerosa, con sangre pegada al pelo, botas con espuelas y las manos marrones de callos y de polvo? ¿Con una voz tan grave y ronca? Debo de parecer aturdido, porque el *sheriff* se inquieta.

—Eh, Garrett, ¿estás bien?

Contesto que sí y que no he visto a nadie, pero me da miedo que se marchen. Desearía que se quedaran, que me pidieran bebida para los caballos o para ellos, ¡que no me dejaran solo con ella! Por extraño que parezca, me aterra el hecho de que sea una mujer.

—¿Qué es lo que ha hecho esa mujer?

—Acaba de desvalijar el banco de Cody. ¡Un buen dineral!

—Y ¿qué aspecto tiene?

—Este —me contesta el mariscal mientras desdobra un cartel y me lo enseña.

Veo unas letras muy oscuras encima de un dibujo mal hecho, en el que de todas formas reconozco los rasgos de mi visitante.

Su nombre: Abigaíl Stenson.

No digo nada más. Aun así, no soy tonto: si ya hay una orden de búsqueda, es que es peligrosa.

—¿Qué más ha hecho para valer tanto dinero?

—Ha dejado un cadáver a su paso, un trabajador del banco. El tipo iba armado, ha querido defenderse...

—Ha muerto en el acto —añade Bill sombrío.

—Sí, es una auténtica bestia salvaje —repite Jim.

Parece que no es capaz de decir nada más. Escupe sobre el cuello de su caballo.

Empiezo a encontrarme mal y siento escalofríos en la espalda. Sé que ella lo oye todo y, si se le ocurriese deshacerse de nosotros, desde donde se encuentra y con el efecto sorpresa, sería capaz de arrasarlo con todos.

—¿Así que no has visto a nadie? —vuelve a preguntar el mariscal.

—No.

Lo miro con insistencia. Me caen gotas de sudor por las sienes y me las seco con la muñeca. Intento hablar con los ojos, dar a entender la situación a los hombres de ley sin parecer un cobarde.

—No te preocupes —suelta Bill al verme tan asustado—, a pesar de todo, no es más que una mujer.

No solo se burla de mí, sino que encima no lo pilla, el muy imbécil. Entonces, levanto poco a poco una mano delante de mí sin dejar de mirar al *sheriff* a los ojos y señalo la cocina con el pulgar. Tengo los dientes apretados, y la camisa se me pega a la espalda sudada. El mariscal me mira fijamente, frunce el ceño y los párpados, se endereza y guarda la orden de búsqueda en una de sus alforjas, abriendo el compartimento de la bolsa con el dorso de la mano. Hace una señal a los otros dos para que se callen y carga su 22 con tranquilidad.

—Al final, nos quedaremos un rato. ¿Por qué no das de beber a los caballos, Garrett?

Camino despacio hacia la escalera del porche. Me veo a mí mismo el verano pasado clavando nuevas tablas con mi padre porque las viejas estaban carcomidas y mi hermana se caía casi cada vez que las subía. El mariscal y sus hombres



han bajado del caballo. Tienen las armas en la mano —un 22 el mariscal, un Winchester el viejo Jim, y Bill ha sacado su colt, que sujeta con ambas manos—. Avanzo con la certeza de que ella disparará y yo moriré, pero no ocurre nada. Avanzo y bajo los peldaños uno a uno mientras los tres hombres los suben. Cuando el viejo Jim pasa por mi lado, me golpea el hombro con gentileza. Veo que tiene la cara tensa, el rabillo de los ojos arrugado y la mandíbula apretada bajo la barba. Le tengo mucho aprecio. Nunca viene a escuchar los sermones de mi padre porque a la hora de la misa prefiere pasar el rato en el salón, pero siempre ha sido simpático conmigo y me ha dedicado palabras amables. El otoño pasado, un día que me interesé por su Winchester, me enseñó a desmontarlo con la paciencia propia de un anciano con los días contados.

Una vez que pongo los pies en la hierba, sé que ya no soy un blanco y confío en el mariscal para todo lo demás. Los caballos se han dispersado alrededor de la casa, y a mí no me apetece nada ocuparme de ellos por el momento: espero a que los hombres arresten a la mujer salvaje.

Suena una deflagración, y Bill se desploma, abrazándose las piernas. Jim y el mariscal se agachan a la vez, uno a cada lado de la puerta.

—¡Estás atrapada, Stenson! No agraves tu caso.

La voz del mariscal resuena, tranquila y brutal. Está acostumbrado a esto, pero veo claramente que se muestra inquieto. Bill se arrastra hacia la pared y se apoya en ella, bajo las ventanas de la cocina. Hace muecas de dolor y tiene el pantalón pringado de sangre desde el muslo hasta la rodilla.

—¡Sal de ahí, pedazo de zorra! —grita con agresividad a causa del dolor.

—Tal vez puedas evitar la horca si te entregas, puesto que eres una mujer —suelta el mariscal.

Pasan unos segundos de silencio, de tiempo suspendido, en los que todos esperamos verla salir con las manos sobre la cabeza, pero eso no es ni por asomo lo que ocurre. Abigaïl Stenson da un salto formidable, cruza el porche, pasa por encima de la barandilla a la velocidad de un puma y aterriza junto a mí. No tengo tiempo de reaccionar: me agarra por el cuello de la camisa y me apunta con el fusil, que ahora tengo en vertical entre los omoplatos, con el cañón pegado a la nuca. Jim y el mariscal ya están encima de nosotros, con las armas dirigidas hacia ella, pero es demasiado tarde.

Me empuja hacia el caballo más cercano, con el fusil todavía pegado a la espalda, y con un gesto me indica que agarre las riendas que se arrastran por la hierba. Obedezco. He entendido que, mientras yo esté vivo, ella también, así que no tiene ningún motivo para matarme, por ahora. Percibo su respiración entrecortada y el olor agrio y fuerte de su sudor cuando me quita las riendas de las manos y tira del appaloosa hacia ella.

—¡Deja al niño, Ab! —la amenaza el mariscal.

Abigaïl Stenson se echa a reír a mi espalda, y su risa es potente como una cascada de piedras. No es el sonido cristalino de las feligresas, ni siquiera el de las prostitutas de Bodie, sino que es una risa de pecho, de alguien que hace trampas en el póquer, de un vaquero.

Acabo por mirarla. Estoy seguro de que se subirá a la silla, espoleará los costados del caballo y huirá bajo las balas, pero aún me tiene a punta de pistola y me alcanza el estribo.

—Monta.

La sangre seca le forma una mancha en la mejilla, y tras esos labios carnosos que ya no sonríen, sus dientes me parecen colmillos. Coloco un pie en el estribo y me elevo. Por extraño que parezca, pongo especial cuidado en demostrar que lo sé hacer, que monto bien. Tal vez sea para oponerme

al uso de la palabra «niño» en boca del mariscal, no lo sé. Es absurdo y, sin embargo, tengo ganas de impresionar a esta mujer. Libero el estribo que me ha permitido subir a la silla, y entonces me sigue ella. Como se ve obligada a bajar el fusil para hacerlo, gira el caballo de forma que yo quedo entre su cuerpo y los hombres de ley, como un escudo viviente. El animal se revuelve bajo ambos, se rebela ante este peso inusual, sacude el cuello e intenta dar unos pasos al lado, descontento.

—¡Ab Stenson! Como le toques un pelo al niño, harán algo peor que colgarte, ¡te lo advierto!

Ella me fija el cañón del fusil en la axila, sin la más mínima delicadeza, y coge las riendas con la otra mano.

—Si intentáis hacer algo, si me perseguís, si veo la sombra del ala de tu sombrero, viejo, o la punta de tu 22, mariscal..., lo mato. ¿Está claro?

Los dos hombres tienen la cara crispada de rabia. Más allá de lo preocupados que están por mí, veo que sobre todo se sienten humillados por ella, heridos en su orgullo. Yo no siento nada definible, mi miedo se ha ahogado en el caos de la situación. Noto los costados calientes del caballo entre las piernas, el cuerpo de Ab Stenson contra la espalda, la mordedura del cañón... y, al fin, el potente resorte del animal que Stenson acaba de espolear, el galope que nos obliga a chocar el uno contra la otra a cada paso. El cañón del fusil me muerde la piel frágil de debajo del brazo, y aprieto los dientes.